

# EL SÁHARA OCCIDENTAL PREHISTÓRICO: REFLEXIONES SOBRE UNA LECTURA ARQUEOLÓGICA PENDIENTE



*Guijarro tallado: "Pebble tool"*

## I

Aunque escrito en un lenguaje muy complicado, la tierra es un libro extraordinario que ofrece, en sus fragmentarias páginas, la lectura insólita de nuestro propio pasado. En ese libro, el hombre fue dejando sus huellas milenarias, en un proceso similar al de una noria sin final, y con un principio que se pierde en el laberinto de nuestro amanecer. Estas huellas -piedras talladas en el caso de la Prehistoria-, buscadas afanosamente por arqueólogos y coleccionistas de todos los tiempos, serían el blanco de la burla de un poeta de finales del siglo XIX -creo que sevillano-, que entre festivo y jocoso decía:

*"Busca antiguallas curiosas,  
e inquiera, con fe sobrada,  
para qué sirven las cosas,  
que no sirven para nada".*

Aunque estos versos se escribieron antes de que la Prehistoria elaborara su armazón conceptual, tal vez tengan vigencia para gran parte de la gente, inmersa en esta sociedad de consumo, tan esclava de lo inútil y tan necesitada de volver la mirada a unos sencillos valores del espíritu que le den significado a la profunda razón de su existencia.

En el ajetreado mundo actual, es fácil que el hombre prehistórico aparezca como un ser lejano y extraño, gorila para unos y carente de inteligencia para otros -dice Leroi-Gourham-, y con el que apenas tenemos relación. Este hombre, en estrecha simbiosis con la Naturaleza, realizó todos los descubrimientos básicos y característicos de nuestro modo de vida. A excepción de la electricidad, la máquina o la energía atómica, todos los descubrimientos trascendentales que hacen posible la vida: el fuego, la rueda, la

navegación, la cerámica, el comercio, la agricultura y la domesticación de animales, fueron hechos por el hombre prehistórico.

La epopeya que llevó a cabo este ser indefenso, sin garras, sin pelo que le resguardara de las inclemencias del tiempo, sin colmillos y sin fuerzas comparables a las de sus adversarios, nos hace contemplar con verdadera admiración esos útiles que le ayudaron en su lucha por el dominio de la Naturaleza, ese empeño con el que se abrió paso desde las formas más elementales de existencia, hasta estadios desarrollados de cultura que hicieron posible nuestra vida actual. Contemplando la belleza de estas delicadas piezas de sílex, no sólo sentimos admiración y respeto por quienes con tanta perfección las tallaron, sin más herramientas que la piedra, el hueso y su propia habilidad, sino que nos asalta la duda de si el hombre



*Industrias del Achelense. Hachas de mano*



*Material lítico atericense*



*Puntas aterienenses*

actual, dominador de la Naturaleza y con todos los avances de la tecnología a su servicio, es capaz de reproducir con toda su perfección una sola punta de flecha, y uno solo de esos bifaces que con tanta generosidad nos ha ofrecido la tierra, a quienes con unción, hemos intentado acercarnos a ella.

## II

El Sáhara constituye la mayor extensión desértica de la tierra. Desde el Atlántico hasta el Valle del Nilo, se extiende una enorme región a la que da unidad el desierto, infinito e inhóspito, que se abre ante nuestros ojos como una maldición geográfica. Sin embargo, esta unidad se rompe -dice Martín Almagro-, cuando se analizan los restos de lejanas civilizaciones que vivieron en épocas pasadas en esas tierras, hoy señoreadas por el desierto.

El Hoggar y los macizos de Tassili dividen al gran desierto en dos comarcas, la oriental, unida a través del Fezán y el Sudán al Valle del Nilo, y la occidental, considerada como el verdadero desierto del Sáhara. Dentro del Sáhara occidental, la zona de ocupación española hasta 1975, constituye una región de extraordinaria riqueza cultural, a la que se penetra desde Tinduf (Argelia) a través de la Saguia el Hamra, el gran río de cauce seco que llega al Atlántico frente al Archipiélago Canario. A lo largo de este río, una serie de estaciones: Mahbes, Echdeiría, Hausa, Smara, Hagunía, El Aaiún... ofrecen restos líticos en tal cantidad y de tal variedad, que hacen pensar en la intensa vida que se desarrolló en ellos. Igualmente ocurre en su parte sur, pues Bir Enzarán, Ausert, Agüenit, Guelta Zemur, La Güera... constituyen centros en los que se han desarrollado unas culturas de las que nos quedan un impresionante inventario de piezas de muy diversa factura, y que nos hablan de un paleolítico fecundo, así como de un neolítico esplendoroso.

Estas piezas son testigos de un Sáhara verde, con una abundante fauna y unas condiciones ecológicas muy distintas de las que presenta en la actualidad. Sus enormes llanuras desoladas, producto de un implacable proceso de desertización que expulsó a sus grupos humanos hacia regiones periféricas, constituyen el "almacén inmenso y milenar de culturas prehistóricas que es hoy, mezcladas sin orden y sin casi sucesión temporal sobre su suelo arenoso, debido a la constante acción eólica y térmica" -se lee en Aguayro (nº 143, 1982, p.9), revista en la que se comenta una exposición realizada en El Museo Canario, exhibiéndose una colección de piezas prehistóricas del Sáhara Occidental-. Precisamente el



comentarista anónimo de dicha exposición, habla de los problemas principales con los que se enfrenta el investigador al estudiar unas culturas tan ricas y variadas como las saharianas: la gran dispersión temporal y geográfica de los yacimientos y la dificultad de penetrar en un medio físico tan duro y con unas condiciones climatológicas tan adversas. La gran rapidez del proceso desertizador ha condicionado la inexistencia de una estratigrafía de tal manera, que se han encontrado utensilios achelenses en superficie y a una relativa distancia de industrias propias del Neolítico.

En cierto sentido el siroco, ese viento que periódicamente se convierte en amo y señor del desierto, erosionando el paisaje y cambiando su fisonomía, es el encargado de pasar las páginas del gran libro de la prehistoria del Sáhara, descubriendo unos útiles y ocultando otros, con un movimiento pendular inacabable.

### III

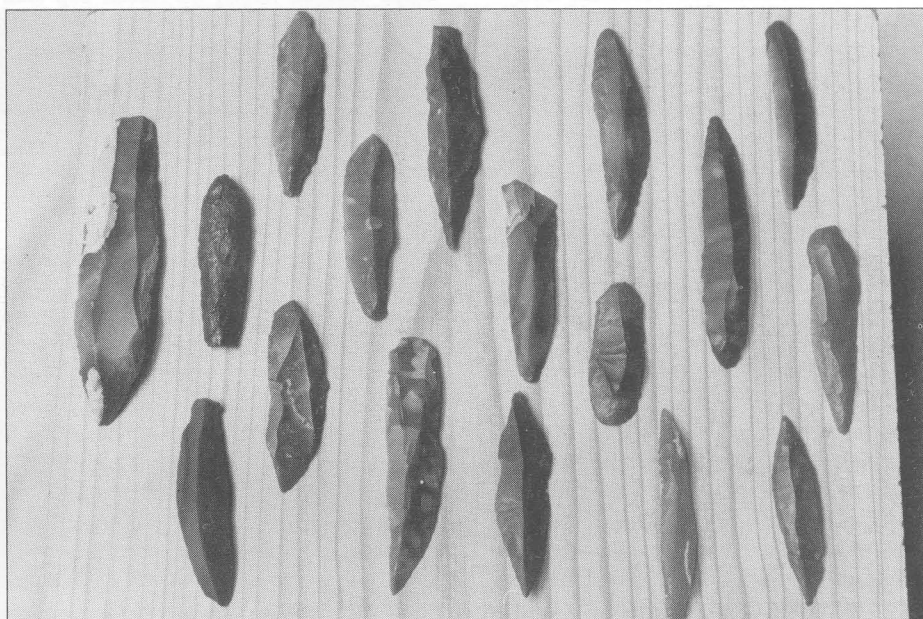
A los problemas de dispersión temporal y geográfica hay que añadir otro, de cierta importancia, como la atomización de su enorme tesoro arqueológico en multitud de colecciones particulares, basadas a veces en la curiosidad, como componente de no menor envergadura. En el Sáhara ha ocurrido algo similar a la mutilación sufrida por un maravilloso poema, si antes de su publicación, cada cual se hubiera llevado unas cuantas letras, sin haber tenido la elemental precaución de anotar el verso de procedencia. Y ésta es una dificultad más, pues a pesar de los varios y meritorios trabajos con que cuenta la prehistoria del Sáhara, "los continuos conflictos coloniales -se lee en el artículo de Aguayro antes citado-, que no han permitido seguir unas tareas de investigación continuadas, así como las manos de civiles y militares que han extraído importantes colecciones privadas, han entorpecido los trabajos".

Si lo que le confiere valor a un hallazgo arqueológico es precisamente el lugar donde se encuentra, en el caso de la prehistoria sahariana, tendremos muchas veces que conformarnos con indagar tan sólo en la importancia intrínseca de la pieza, problema añadido al proceso de desentrañar los misterios de nuestro propio pasado y de unas remotas culturas de las que somos totalmente deudores.

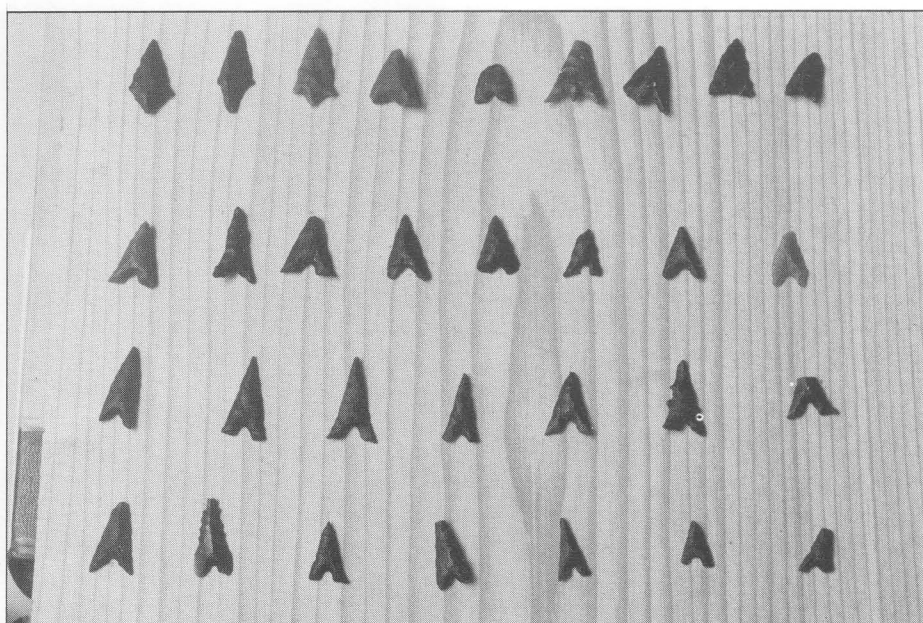
El repertorio lítico que el Sahara ofrece, es gigantesco. A su cantidad y diversidad hay que unir la excepcional belleza de la más simple de sus piezas. A las más primitivas, pertenecientes a una industria de guijarros tallados —*pebble tools*—, le siguen unos bifaces lanceolados de tipo achelense. Estas hachas de sílex, propias



*Hachas neolíticas pulimentadas*



*Industria lítica sobre hojas, tipo capsense*



*Puntas variadas y de base cóncava*

para trabajar la madera, hablan de un Sáhara abundante en bosques y en caza superior, a los que dieron vida las intensas lluvias que en esta época afectaban a la región. A partir del Paleolítico inferior, hay un gran salto entre los últimos utensilios achelenses y una facies de tipo Aterriense, compuesta por puntas pedunculadas y aletas, raspadores, buriles y raederas. Aún hay otra gran incógnita que se abre en la transición del Aterriense al Neolítico. Según Alimen y Steve (*Prehistoria*, Madrid, Siglo XXI, p.161), “tras el vacío más o menos total que en el desierto separa el Aterriense de los comienzos del Neolítico, el nuevo y magnífico florecimiento de la vida humana está atestiguado por la infinidad de yacimientos neolíticos, y, en cada uno, por la utilización del utillaje”. Los yacimientos son infinitos y la variedad y abundancia del material que ofrecen: hojitas, cuchi-

llos, microlitos y sobre todo, puntas de flecha de variada tipología, revelan modos de vida plenamente evolucionados, con unos medios de subsistencia basados principalmente en la caza. A estos materiales hay que sumar las hachas pulimentadas, piedras perforadas y grabados en la roca mediante incisiones profundas.

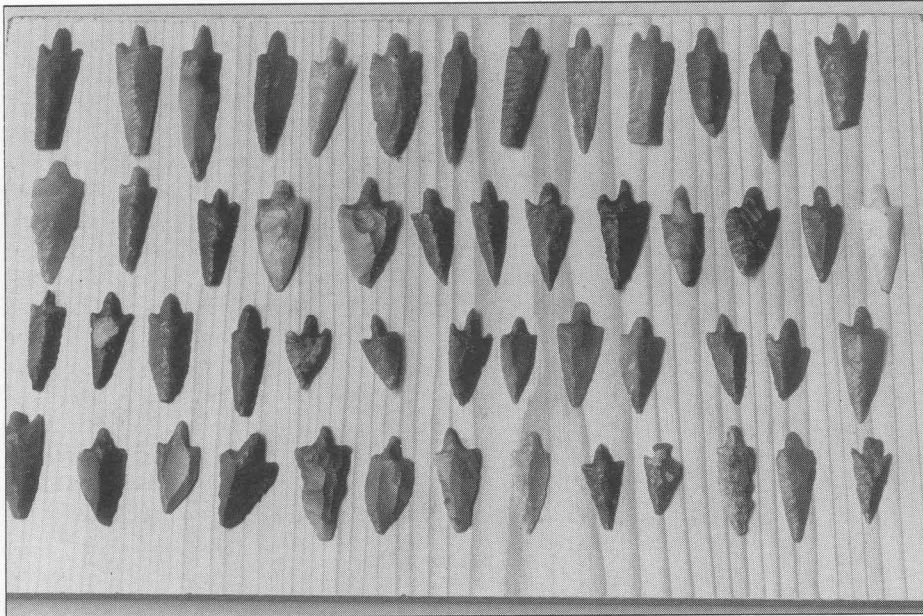
#### IV

Si por las razones anteriormente apuntadas, no es fácil hacer un estudio sistemático de las culturas que se desarrollaron en el Sahara, a través de la documentación lítica que hoy poseemos, sí es posible hacerlo de aquella tecnología prehistórica, que permitió pasar de los diez centímetros de filo útil que el preachelense obtenía de un kilo de sílex, a los veinte metros que fue capaz de pro-

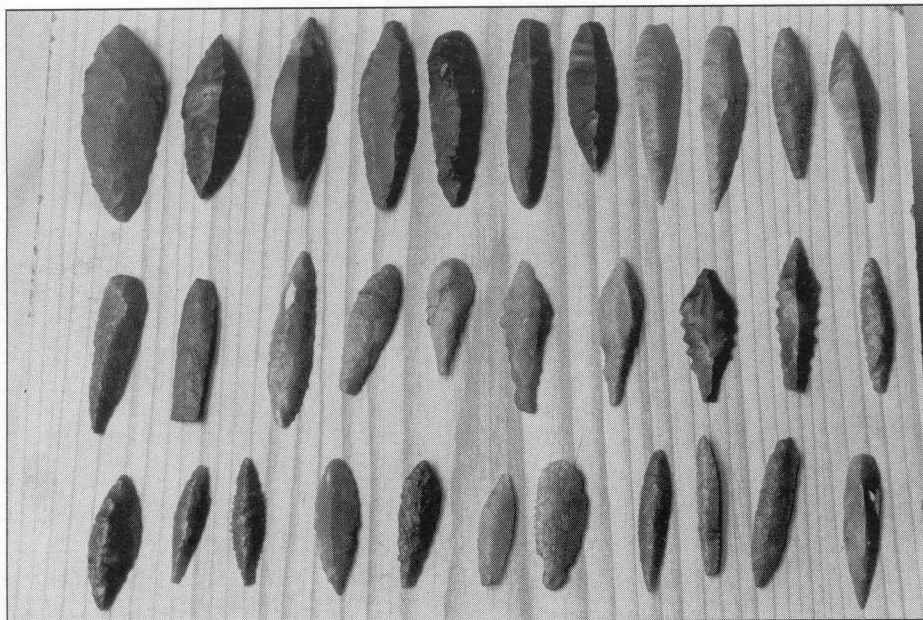
ducir el hombre magdaleniense, con la misma cantidad de sílex. ¿Qué desafío intelectual hizo pasar al hombre desde la piedra vulgar con un sólo borde cortante —*pebble tools*—, a la asombrosa perfección del hacha de mano achelense?. Semenov, en su libro *Tecnología prehistórica* (Madrid, Akal, 1981, p.7), dice que “Carlos Marx señaló la necesidad de crear una historia del desarrollo de los útiles de producción”, ya que la tecnología nos revela la relación directa del hombre con la Naturaleza, con todas las implicaciones que este proceso lleva consigo y que se refleja en las relaciones sociales y en las representaciones espirituales. Son estas las razones por las cuales, cada vez que nos enfrentamos con un material con el que otros hombres aseguraron su supervivencia, nuestros trabajos van, aun sin proponérselo, mucho más allá de la mera descripción tipológica. Es difícil sustraerse a la belleza de unos artefactos en los que se conjuga una triple exigencia de problemas: los tecnológicos, los funcionales y los artísticos, ya que arte, función y técnica son para nosotros un misterio, sobre todo cuando con la mentalidad actual tratamos de dar en el pasado, un salto de casi medio millón de años.

Para Robert Ardrey (*La evolución del hombre: la hipótesis del cazador*, Madrid, Alianza Editorial, 1981), el hacha de mano achelense era “innecesariamente hermosa”, pues la simetría y delicada terminación nos introduce en un problema estético-funcional de difícil interpretación. “No sólo su diseño puro —dice Ardrey— fue un triunfo de lo que el hombre tenía en su mente por encima de lo que le brindaba la naturaleza, sino que también significó el advenimiento del estilo”. Las huellas que la revolución neolítica dejó en el Sáhara, también nos obliga a hacer similares reflexiones pues hay piezas, bellísimas puntas de flecha pedunculadas y de base cóncava, cuya perfecta simetría y extremada delgadez hacen dudar, que sean producto de la percusión de un objeto duro sobre ellas.

La ex provincia española del Sáhara Occidental, tan cercana a Canarias en su historia y en su geografía, y tan añorada por todos los canarios que hemos sentido sus cálidas arenas bajo nuestros pies, necesita un estudio concienzudo y sistemático que complemente los ya existentes. Un estudio amplio y profundo, basado en el inmenso depósito arqueológico que aún guarda celosamente el Sáhara bajo sus tierras desérticas, y facilitado por ese arsenal lítico que de manera tan generosa y caótica nos ha ofrecido como un regalo sin posibilidad de medida.



Puntas de flecha pedunculadas



Hojas bifaciales y puntas de cara plana

MANUEL RAMÍREZ MUÑOZ